

» racion. Muchos, no contentos con perderse á sí propios, per-
 » vertian á otros y los llevaban al altar de los ídolos : habia
 » quien llevaba sus niños á los sacerdotes para hacerles perder
 » la gracia del bautismo. Los ricos sobre todo mostraron mas
 » flaqueza, siendo las riquezas su pérdida propia. Muchos, sin
 » embargo, padecieron valerosamente la muerte por Cristo ;
 » tales como Mapálico, Pablo, Fortunon, Baso ; y murieron en
 » los calabozos gran número de confesores. »

6. Habia grados en la apostasía ; y se clasificaron á estos cristianos tímidos en tres categorías : *thurificati*, *sacrificati* y *libellatici*. Los *thurificados* solo habian ofrecido incienso á los ídolos : los *sacrificados* habian sacrificado á los falsos dioses, ó comido manjares *inmundos* ; y en fin los *libeláticos* se habian presentado á los magistrados, y declaraban que en cualidad de cristianos no les era dado sacrificar, pero que ofreciendo y dando dinero se les eximia de esta sacrilega ceremonia. Por avaricia ó por humanidad los procónsules ó gobernadores les entregaban entonces un certificado (*libellum*), de que habian renunciado á Jesucristo y sacrificado á los dioses del imperio, á pesar de no haberlo verificado. Se leian públicamente estos billetes y se dejaba en paz á sus portadores. Se denominaba bajo el nombre de *lapsos* indistintamente á todos los caidos de estas tres categorías, para cada una de las cuales estaba señalada una penitencia canónica. A medida que la persecucion se mitigaba, ya por fatiga, ya porque los gobernadores esperaban el éxito de la guerra de Decio contra los Godos, gran número de cristianos *lapsos*, entre el clero y el pueblo, querian volver á entrar en la Iglesia y participar de la santísima Eucaristía, ó volver á tomar sus puestos sin penitencia previa ; y para ello abusaban de una práctica santa, y era que los mártires ó confesores daban á los que habian tenido la desgracia de apostatar cartas de recomendacion para los obispos. La Iglesia miraba estas recomendaciones con mucho respeto, y cuando por otra parte veia un sincero arrepentimiento acortaba en su favor el tiempo de la penitencia satisfactoria. Mas no paró en esto la cosa ; sino que muchos confesores, y espe-

cialmente uno de entre ellos llamado Luciano, de Cartago, se pusieron á dar indistintamente, sea en su propio nombre, sea en nombre de mártires de quienes decian haber recibido órden, dichas letras de recomendacion concebidas en términos generales : « Que N. sea admitido á la comunión con los suyos ; » por manera que una sola persona podia presentar otros veinte ó treinta como miembros de su familia ó casa. Y aun se hallaron traficantes de estos *libelos de indulgencia* ; y algunos sacerdotes, sin dar parte al obispo, se arrogaban el derecho de reconciliar con la Iglesia y admitir á los sacramentos á todos cuantos se presentaban con estos *libelos*.

7. San Cipriano hizo fuertes reclamaciones contra estos abusos ; y desde el albergue donde se habia escondido dió instrucciones muy claras y terminantes, enviando copia de ellas al clero de Roma, al propio tiempo que le explicaba los motivos de su retirada, que se habian interpretado mal en Roma. Por su parte Luciano, movido por algunos sacerdotes y diáconos indisciplinados, apresuraba la reconciliacion de los apóstatas que llevaban *libelos* de los mártires ; y aun se atrevió á dirigir á san Cipriano en nombre de todos los confesores esta carta : « Todos los confesores al papa ⁽¹⁾ Cipriano, salutacion. » Sabed que hemos dado la paz á todos los que estaban sujetos á vuestras inquisiciones despues de su caída, por su conducta ; lo que deseamos comuniquéis á los demás obispos. » Deseamos hayais paz con los santos mártires. — En presencia de un exorcista y de un lector. — Escrito por Luciano. » A consecuencia de esta extraña carta, se vieron en muchas comarcas rebelarse los pueblos contra sus prelados y exigirles inmediatamente la comunión que creian haber sido otorgada á todos por los confesores y mártires. San Cipriano, en tan difícil coyuntura, tomó el partido de escribir á la Iglesia de Roma, y junto con el billete de Luciano, le envió los demás documentos relativos á este asunto.

(1) Papa era título que se daba entonces generalmente á los obispos, y aun á simples sacerdotes á veces.

8. Los sacerdotes que administraban la Iglesia romana durante la sede vacante, respondieron con una carta admirable, aprobando enteramente la conducta del santo obispo, vituperando la arrogancia de los apóstatas, y aun mas la indiscrecion de los que los incitaban. « Es en sumo grado conveniente en » tiempo de paz, dicen, y necesario en el de una persecucion, » estar inviolablemente atenedos á la disciplina de la Iglesia : » abandonarla, fuera abandonar el timon en medio de la borrasca. No es esta una máxima reciente en nosotros ; pues » que desde los primeros tiempos hallamos ya esta misma severidad, fe y disciplina. El Apóstol no hubiera dicho que se » hablaba de nuestra fe en todo el mundo, y fuera gran crimen » degenerar de tal gloria. No permita el Señor que la Iglesia » romana pierda de su vigor por una facilidad profana, y que, » desquiciando la majestad de la fe, relaje los nervios de la » severidad. En vista de tan numerosas y cotidianas caidas, » otorgar á los caidos un remedio de reconciliacion que de » nada les sirve, es una falsa misericordia que añade nuevas » llagas á las de la apostasia, privando por una falsa conmisericordia á estos desventurados del refugio de la penitencia : » no fuera esto curar, sino matar. Despues del martirio de » Fabiano, de santa memoria, aun no hemos podido, por causa » de los malos tiempos, elegir un obispo que arregle todos » estos negocios, y examine con su autoridad y prudencia á los » que caen. Sin embargo pensamos como vos que es menester » aguardar el fin de la persecucion para tratar de la cuestion » de los apóstatas, consultando con los obispos, sacerdotes, » diáconos, confesores y honrados seculares que se han mantenido constantes ; porque nos parece que seria atraerse » sobrados odios si se intentara pronunciar, solos, acerca de » un crimen tan universal.

» Mirad en efecto el mundo entero lleno de ruinas de los que » han hecho defeccion. Tamaño mal necesita mucha prudencia » y remedios eficaces ; y los que hayan de remediarlo tienen que » obrar con circunspeccion, para que lo que por ellos fuere » hecho contra las reglas no se repunte nulo por todos. Rogue-

» mos pues unos por otros : roguemos por los que han caido, » para que se levanten y reconozcan la gravedad de su falta : » roguemos para que sean verdaderos penitentes y sufridores, » y para que no perturben la tranquilidad del estado flotante » aun de la Iglesia con sus turbulencias, lo que encenderia » una persecucion intestina ; en fin, roguemos porque llamen á » las puertas, pero que no las rompan ni desquicien.

» Reunidos con algunos obispos de las ciudades vecinas y » con otros á quienes ha hecho salir de sus provincias lejanas » la persecucion, hemos creido que no convenia innovar nada » antes de la eleccion de un obispo en Roma. Hasta esta época, » quede suspendido todo lo que tenga espera. Mas respecto de » los que se hallan en inminente peligro de muerte, si dan » signos de verdadero arrepentimiento, admitaseles. Pero evi- » temos el que los malos alaben nuestra sobrada facilidad, y » el que los verdaderos penitentes no nos acusen de una severidad excesiva. »

Este decreto, dirigido particularmente á san Cipriano, fué enviado tambien á todas las cristiandades del mundo, porque interesaba á todas en general. Tal era ya desde entonces la Iglesia romana. Privada de su jefe por el martirio, expuesta á los mas duros golpes de la persecucion, no solamente se mostró incontrastable, sino que comunicaba su fortaleza á las demás iglesias, que no cesaba de vigilar. Atenta á todos los pasos y amaños del error, sabe resistir á sus lazos y sacar de ellos á los fieles. Así es que Privato, obispo hereje de Lambesis, aprovechándose de la persecucion y de la vacante de la silla de Roma, habia enviado para alcanzar del clero, gobernador *sede vacante*, cartas de comunion. San Cipriano en una de sus cartas amonesta al clero romano de guardarse mucho de estos amaños, y estar alerta contra ellos. « Habeis seguido » vuestra costumbre, responden los sacerdotes romanos al » obispo de Cartago, dándonos aviso de lo que os toca ; por- » que todos debemos velar por el cuerpo de la Iglesia, cuyos » miembros están distribuidos por todas las provincias. Pero » ya antes de haber recibido vuestras cartas no nos eran des-

» conocidos los artificios de este hereje. Futuro, adepto de Privato, vino con objeto de sacarnos cartas de comunión con nosotros; pero han sido vanos sus esfuerzos. » La historia registra con cuidado hechos de este género que prueban por una parte el interés con que los herejes buscaban ya entonces cómo hallar apoyo en Roma, centro de la doctrina y autoridad; y por otro, la vigilancia con que la silla de Roma guardaba el depósito de la fe.

9. La cuestión de los apóstatas, á pesar de esta decisión, no dejaba de perturbar aun la iglesia de Cartago. San Cipriano había enviado á su ciudad episcopal dos sacerdotes para examinar la edad, condición y mérito de los que á su vuelta habían de ser promovidos á las funciones eclesiásticas, y para dar cuenta de la conducta de los que habían caído. Esta misión produjo algunos descontentos. Un intrigante, llamado Felicísimo, sostenido por los cinco sacerdotes que se habían opuesto á la elección de san Cipriano, se declaró en abierta rebeldía contra su obispo. Entre ellos se hallaba Novato, indigno sacerdote, cuyos crímenes eran tan notorios como espantosos. De propia autoridad hizo diácono á Felicísimo, y dejándole en Cartago, tomó el camino de Roma con intención sin duda de presentar los hechos bajo colores favorables á sus miras.

§ II. SAN CORNELIO, PAPA (2 de junio de 251-14 de setiembre de 252).

10. La Iglesia de Roma acababa de cesar de ser viuda: muchos obispos, á quienes la persecución había traído á esta capital, reunidos al clero y á los fieles, eligieron por papa á san Cornelio. « Fué necesario, dice san Cipriano, forzar al nuevo pontífice á aceptar esta dignidad. Se veía en él esa modestia, esa serenidad natural que otorga el Señor á los que escoge por obispos. Así mereció llegar al supremo grado del sacerdocio, después de haber pasado por todos los ministerios de la jerarquía, y de haberse mostrado en todos instrumentos de la gracia divina. »

11. Una elección tan conforme á la disciplina eclesiástica

fué sin embargo puesta en duda. Novato había traído á Roma su espíritu turbulento y embrollador: se hizo amigo de un sacerdote ambicioso que aspiraba al pontificado supremo. Novaciano protestó contra la elección de san Cornelio, acusándole calumniosamente de *libelático*, esto es, de haber redimido á precio de oro su vida en tiempo de la persecución. En fin, seducido por los consejos de Novato, se separó enteramente de san Cornelio con cinco sacerdotes más de Roma, se hizo ordenar obispo por tres obispos del interior de la Italia, cuya buena fe sorprendió groseramente, reduciéndolos casi al estado de embriaguez, y así es como vino á ser el primer antipapa con que el orgullo afligió á la Iglesia. Al cisma juntó muy pronto la herejía. Según él, la Iglesia no tenía poder de dar la paz á los que habían caído en la persecución, por más penitencia que hiciesen, y no era permitido nunca comunicar con ellos. Condenaba absolutamente las segundas nupcias. A causa de esta afectación de rigorismo, sus discípulos se llamaron *kataros*, esto es, puros ó purísimos. Para detenerlos en el cisma, les hacía jurar por la santa Eucaristía que le habían de ser fieles: « Júrame, les decía dándoles la comunión, por el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo de no dejarme para volverte á Cornelio. » El desventurado á quien se dirigía, no recibía la Eucaristía sino después de haber hecho este juramento y pronunciado una maldición contra el venerable y verdadero pontífice; y esta maldición reemplazaba el significativo antiquísimo y piadoso *Amen*, que debían pronunciar los fieles antes de comulgar. Lo que sobre todo hacía más dañoso este cisma era la reputación de elocuencia y autoridad de que gozaba Novaciano. No omitió medio alguno para atraer á su mal camino la muchedumbre de los fieles. San Jerónimo nos ha conservado la lista de las obras que compuso y esparció Novaciano entonces. Enviaba diputados á las iglesias con cartas, en que les participaba su elección. Hablaba muy gravemente de la violencia con que se le había impuesto el supremo pontificado, que se veía forzado á aceptar. El número de confesores que había logrado seducir, contribuyó á engañar á los sim-